

ÉSTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

ZIPI-ZAPE.

Nueva York, Diciembre 24 de 1863.

¡Noche Buena! Yo bien quisiera cantar:
A Belen pastores,
Vamos á Belen.



A no hay mas pastores que los de Belen, y Belen es hoy tierra de moros. Lo digo sin alusiones ni metáforas.

Pero es hoy dia de Pascuas. Yo Pascual, primer corresponsal de *Don Junípero*, estoy en mi elemento. Hasta dentro de un año no volverá á haber un dia como este. A gozar dicen, que las otras pascuas están muy lejos. Tomo la pluma y gozo.

En un lugar de la Mancha, como quien dice en Jibara, vivia un hombre rico. Al lado del rico vivia un pobre. El rico salió á hacer negocios. Llevaba su carreta y un par de bueyes. El pobre llevaba sus zapatos y un par de medias. Viajaban juntos y el pobre se

quitó los zapatos y las medias y las puso en la carreta del rico. Hacia calor como en Cuba. Los bueyes iban despacito. Por fin se pararon en una quebrada á sestear. El pobre se adelantó al rico. ¡Cosa mas rara! El pobre llegó al pueblo. El cura estaba predicando. El pobre entró en la iglesia. El cura referia la parábola del hombre rico y preguntaba cuando entró el pobre:

—¿Y á donde está el hombre rico?

—En la quebrada lo dejé, contestó el pobre.

—No señor, dijo el cura. El hombre rico se fué al infierno.

—¡Avemaría! exclamó el pobre. Yo me voy corriendo, que se lleva mis medias y mis zapatos.

Esta carta y mi pensamiento podian viajar como el carro del rico y los zapatos del pobre; pero temo que la carta vaya á parar á punto en que mi pensamiento las andaderas del pobre, los zapatos, tenga que salir corriendo.

Y luego, ¿para qué trabajar tanto?

Otro cuento: Entró en un carrito del ferro-carril urbano una señora muy bien puesta. Un caballero le cedió el asiento. Ella lo tomó como quien era.

Hecho el viaje, la señora quiso salir del carro. Un irlandés la detuvo.

—Señora, que se le olvida á V. algo.

—¿Qué es? Mi brazalete? mi pañuelo?

—No señora, darle las gracias á este caballero por el asiento.

Señor lector, que se le ha olvidado á V. alguna cosa.

—¿Qué cosa?

Dar á Pascual una palmadita por sus cartas.

Y en punto á palmaditas, la ópera italiana ha debutado en la Academia de Música. *Debutado* es una palabra gaba-cha. Quiere decir algo como estreno. Pues la ópera se ha estrenado. ¡Que brava compañía! Prima donna nueva, tenor fresquito, baritono recién llegado, contralto no estrenado antes. El público ha reconocido los esfuerzos para complacerle y... se ha quedado en casa.

—¿Pero quién es la donna? —Mme. Medori. —¿Y el tenor? —Mazzoleni. —¿Y el baritono? —Aquel. —¿Y la contralto? —Aquella.

Y la orquesta es la misma de la Academia.

Pero acabamos de salir de la ópera alemana.

¡Bendita sea la ópera italiana! Ape-

nas termine este *Zipi-zape*, cuando me marche al teatro de la ópera.

Creo que la mitad de la gente no va á la ópera por el frio y la otra mitad por temor á un sopapo. La hermandad del bronce está levantada.

—¿Por las elecciones, Pascual?

—¿Qué! Si aun están muy lejos.

—¿Por la guerra?

No, que estamos en pascuas y ya tú sabes que es tiempo de Gloria á Dios.

—Si, y Paz á los hombres en la tierra de buena voluntad.

—Tú sabes tambien que el ejército del Potomac ni sube, ni baja, ni se está quedo.

—Y los militranchos del Sur mas piensan en matar la gazuza que en matar liberales del Norte.

—Si, hombre, y Grant en Chattanooga está de Pascuas.

—Asi es, como que lo han hecho general.

—¿Qué general? Si él lo era.

—Pero ahora lo es mas; ¿tú sabes?

—Ah! si, ya caigo, ha ascendido.

—Y en el mar no hay pelea porque aquellos malditos corsarios de barcos se han ido á no sé donde.

—Oh! si. ¿Pero tú sabes? los pícaros de los ingleses se han quedado con el barco robado—el *Chesapeake*.

—¿Hombre, si! ¿Y tendrán los cien dias de perdon?

—No seas así, ¿que han de tener? Sino que estamos en Diciembre y como nadie les habia de dar aguinaldo, ellos se lo han cogido.

—Pero dime, Pascual, del tumbo al tambo nos hemos engolfado en política y olvidamos la conversacion que teniamos.

—Hombre, sí, y qué era?

—Era.. adios, que ya no me acuerdo!

—Pues lo que soy yo..... Ah! sí, hablabamos de sopapos y de la gente del bronce.....

—Ya! ya! Sabes? No se puede salir sin cuidado, porque estamos de porrazos. Suponte que en Inglaterra, se han batido á los trompis un inglés y un yankee. Pelea internacional. El yankee trataba de ahogar al inglés, abrazándolo por el pescuezo y el condenado inglés le arrimaba cada puñetazo que temblaba el misterio. Son adelantos de la civilizacion. El inglés se llama King—dí Rey ó D. Juan Rey—ganó la pelea.

—Oh! y por supuesto el yankee fué batido?

—Se entiende. Por eso anda la gente muy picada y se quiere quitar la mosca de encima con el primero que se le presente á tiro. —Cuidado!

—Dios me libre; ya lo entiendo.

—A fé de Pascual te digo que ni las batallas del rio divisorio, ni el congreso europeo, ni la muerte del rey de Dinamarca, ni las viruelas locas de Mr. Lincoln han hecho mas ruido que la pelea internacional.

—Ah! sí, por supuesto: fué un tratado de *reprocidad* entre Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Qué valla de gallos ni circo de Chiarini! Verdad?

—Verdad! Puñetazo viene y puñetazo va.

—Tú sabes, Pascual, el yankee ha perdido por una sola cosa.

—Por cuál?

—Por que entró en combate sin blindarse primero en casa de Mr. Ericsson.

—Toma! pues no se me habia ocurrido.

—Dícelo así para la primera vez que se le vuelva á ocurrir andar á castañetazos con los ingleses.

Y punto y aparte. La moda del dia está en regalar. Se regalan muñecos á los ricos y pan á los pobres. Hay gente que quisiera poder ir á Richmond para sacar el vientre de mal año á los mismos rebeldes.

¿Qué buen corazon! Dicen que los rebeldes no se rinden por que no tienen fuerzas ni para pedir perdon. Asi será el hambre por allá.

Por acá es otra cosa. Anoche se cenó de lo bueno. Guanajo, arroz, gigoite, aceitunas y demas fruslerias no faltaban en la casa. Pero lo mas agradable de todo, fué que hubo Nacimiento con villancicos. Desde que yo era niño, no veia una escena tan grata. Lloré con los recuerdos. El pesebre, el Niño, su santísima Madre, san José, los tres reyes con la estrella de Oriente y el valle de Josafat y Jerusalem con su templo iluminado y sus torres—nada se echaba de ménos. Magnífica idea la de don Carlos Marti que nos dió el Nacimiento. Digo que lloré.

Con un ojo, por que el otro estaba repartido entre la cena suntuosa (rogando á Dios que dieran las doce para no quebrantar el ayuno) y las niñas que cantaban los villancicos.—Qué fiesta *D. Junípero*, fué la fiesta de anoche! Y como pensando en el Nacimiento y en las niñas y en la cena y en lo bueno que estuvo todo, con la salsa de amabilidad y cordialidad de los señores de la casa, digo con toda mi alma—Viva! qué viva! y para tí *D. Junípero*, felices pascuas y hasta el año que viene.

Pascual.

COMO ME SUICIDÉ.

(FINALIZA.)

CAPITULO II.

Afortunadamente hacia una semana que estaba yo padeciendo del estómago y tenia unos cólicos de desesperar á un judío. Un amor desdeñado y un dolor de tripas reunidas, son dos enfermedades que trastornan la razon mejor atornillada. Resolví al llegar á casa dejarle á la harpia una carta tan llena de angustia que la hiciera desmayar por lo menos.

Mira, *Don Junípero*, ser birlado por una mujer nunca es bueno; pero si á eso se añade que la mujer es una bailadora de á caballo, que enseña las pantorrillas por dos pesetas á todo el que se las ha podido aborrrar en la semana, mira, chico, eso es superior á la humana resistencia. Y sobre todo, ser birlado por amor á un triste picapleitos que no sabe dar otro refresco que limomada, cuando yo le daba Cham-

paña de toda una viuda Cliquot! ¿Tú crees que ningun hombre ilustrado y digno podia pasar por semejante indignidad?

Para evitar el sonrojo de tal burla, no habia mas remedio que la muerte. Ahora que estoy fresco, conozco que fuí un jumento, un camello, un rinoceronte en quererme matar por semejante harpia y por el tal Pepe Paz! Pero entonces no se me ocurrió nada de eso, sino que debia matarme.

Pues al avio! ¿Cómo será mejor matarme? Tirándome el agua; nó, que se moja uno todo, y no es nada bonito eso de que lo pesquen á uno como á un tiburón. La pistola hace mucho ruido y disfraza el rostro y saca sangre. La navaja es una barbaridad. Ahorcarse! Eso es cosa de ladrón. Veneno! Da muchos torsijones de tripas y yo tenia bastantes.

Después de mucho pensar, acabé por decidirme: el carbon quemado, á la francesa, por una francesa — eso era lógico.

Buscando carbon suficiente para asfixiar á un regimiento de granaderos, lo puse en mi cuarto y cuando lo tenia todo listo y el fósforo en la mano, se me ocurrió que no habia cenado. Muera Marta y muera harta. Pedí una cena de primera clase, con viuda de Cliquot y todo. Caramba! Quise acabar divertido como Oton I., emperador de Roma.

Mientras preparaban la cena, escribí varias cartas á mis amigos, dándoles parte de que me habia suicidado y diciéndoles que acudiesen á ver mi cadáver á la mañana siguiente. Escribí un aviso en dos rayas negras para el *Diario de la Marina* y un billete al localista para que no se olvidase de hacerme una buena necrología con muchas !!! y algunos

A Celestina le pasé cuatro palabras, que valian cuatrocientas, diciéndole cuantas son cinco, y que ella y el fulano Pepe Paz, eran la causa de mi muerte.

Cuando entró el ajiaco y se presentaron las frituras y los plátanos y los frijoles, dije al negro:

—José, tú eres fiel, aquí está un doblon. Esta noche me llevas esta carta á la calle de San Ignacio esquina de la Lamparilla.

—Al señó *Diario*, mi amo?

Al *Diario*, sí. Y estas otras las llevas despues de las diez.....

—Jum! Mi amo, me coje el sereno.

—Pues á las nueve. Son las siete. Las llevas todas.

—Sí, mi amo, toitas.

—Y aunque veas que la casa se llena de humo, no llames á los bomberos.

Los bombé, no hay cuidá, mi amo; non yame las bombas.

—Bien..... Y adios, José.

—Arió, mi amo.

La cena fué espléndida; entre sendas caricias al guanajo y muchos besos á la viuda Cliquot, empezó el cuarto á darme vueltas y mas vueltas. ¿Qué deliciosa es la muerte de carbon á la francesa! Confieso que no veia á Celestina ni á Pepe Paz, sino á las botellas vacias que bailaban sobre las piernas del guanajo, como las brujas de *Macbeth*.

Oh che la morte ognora,

Che tarda n' el venir,

Per chi desia morir!

Adio, Leonora, adio!

¿Estaba acaso en las regiones infernales? En el purgatorio? En el limbo? Yo no sé donde estaba, pero oia mucho ruido y voces que decian:

—Narciso, abre la puerta!

Traté de poner en orden mis ideas.

«Narciso» Luego saben mi nombre en estas lejanas rejiones dónde estoy.

Acordéme que me habia suicidado y empecé á arrepentirme. Yo volvia á caer en mi antiguo sopor, cuando volvieron las voces:

—Narciso! Narciso! Abre la puerta.

—Atrás! Esclamé, hijos de Satanás! Aunque me suicidé, soy cristiano, y el ángel de mi guarda me defenderá.

Una carcajada resonó por respuesta.

—Os reis? Buen diablo, amigo mio, señor Lucifer, tened piedad de un pobre hombre que ha servido de escarnio á una farsante francesa.

—Qué tú dices de farsante y francés? dijo una voz que yo conocia.

Ah! Demonio! Con que no me escapo de tí ni en el infierno? Con que salí de la sartén para caer en el fuego? ; Qué borrico fui en suicidarme!

El coro de voces iba en aumento. Yo lo oia y podia distinguir perfectamente la voz de mi sastre á quien no habia pagado mi última cuenta, y algunas anteriores.

—No morirá sin que me pague, decia.

—Si estaré soñando, Sta. María? ; Dónde estoy?

—Dónde está? Contestó el sastre. Pues, en la calle de los Desamparados, en su cuarto de V.

Pero como yo no veia á nadie, y por temor no abria los ojos, no acababa de comprender.

En esto, se abre la puerta dando un estallido y entran todos, y entra antes que nadie el localista del *Diario*, preguntando quién fué el último que lo vió y cuatro mil cosas mas, para llenar á mi costa la Gaceta.

Lo demás tú lo comprendes sin necesidad de esplicaciones, amigo *Don Junipero*. Luego que me pasó la turca, me encontré sano y salvo en mi cama; porque todos vieron que yo estaba muy acompañado y me dejaron solo para que durmiera la rabona.

Tentéme y me hallé completo; resollé duro y no estaba asfixiado. Pero como, si la noche anterior me habia suicidado?

Volvi los ojos á todas partes y descubrí por primera vez en mi historia trágica que se me habia olvidado una sola cosa — quemar el carbon.

—Y la francesa?

—Creo que la desnucó un caballo.

—Y Pepe Paz?

—Se fué para la corte á pretender y volvió á morir.

—¿Y tú estas cierto, Narciso de que á tí te pasó todo eso?

—Ciertísimo.

—Pues, mira que se me figura que yo he leído un cuento parecido al tuyo en un periódico extranjero.

—Muchas gracias, *Don Junipero*, te doy material para cuatro columnas y luego me pagas diciéndome que soy un plagario, un embustero!

Don Junipero pagó las amarillas por el cuento y no se metió á averiguar si sería harina de otro costal. Todo el que cuenta historias, dice que él lo vió ó que á él le pasó.

En cuanto á Narciso Dulcesueño, desde que murió el tio segundo de su madre, que era su padrino, ya tiene ingenio y no hay que buscarlo ni en el Circo de Chiarini, ni á pié en la retreta. Cuando digo que ya tiene ingenio!

Así era de hombre grave cuando lo conoció

Narciso.

DOS TITANES.

*I would give all my money and
forfeit ten years of my life to
win this fight.* KING.

Por una carambola de la suerte vengo á ser el Ovidio de los dos Titanes que acaban de escandalizar al mundo con una lucha espantosa en el corazon de la filantrópica Inglaterra. Admirador de las virtudes de esa gran nacion, no llevo mi predileccion por ella al extremo de querer ocultar la mancha que afea su civilizacion, ni tomaré pié de un error para disculpar otros en pueblos que me sean mas queridos; que el verdadero patriotismo consiste en decir la verdad y no en alhagar las pasiones populares. Y caiga sobre Inglaterra el anatema universal porque consiente, para mayor contraste, en medio de sus libertades cívicas, al lado de sus innumerables establecimientos de caridad, al par de sus gloriosas instituciones y en la misma tierra donde respira *Florence Nightingale*, el inhumano y feroz espectáculo que ofrecen dos seres procedentes de la humanidad despedazándose sin odio como dos fieras al incentivo de unos cuantos centenares de pesos. Pero antes de concluir este preámbulo, recuerdo que me he llamado Ovidio, y ya veo dibujarse en algunos labios cierta burlona sonrisa. A mi me ha sucedido otro tanto: es un atrevimiento cuya inmensa magnitud, puedo apreciar perfectamente, pero está escrito, y *Don Junipero* tiene el privilegio de decir cualquier cosa en son de chanza.

Volvamos ahora al gran combate internacional habido en Tunbridge, cerca de Londres entre TOM KING, el inglés y JOHN CARMEL HEENAN, el americano.

Cierto candor que muchos me motejan, me obliga á llamar tu atencion, ó lector, hácia una circunstancia que considero esencial: como yo no me he movido de la isla hace algunos meses y aun años, es claro que al erijirme en narrador de la lucha entre los nenes consabidos, me valgo de los periódicos extranjeros, y mucho de lo que te digo es traducido. Si todos los que escriben hicieran esta declaracion, cuantas reputaciones menos y cuantas " " mas en los periódicos no hubiera!

Dice, pues, un corresponsal:

«El congreso de los soberanos, las cuestiones respecto de los ducados de Schleswig y Holstein, el Presupuesto francés, el ocho por ciento del banco de Inglaterra y aun el gran temporal han sido olvidados: la atencion pública se dirige exclusivamente á la gran batalla internacional entre el Benecia Boy y Tom King, el ex-campeon de Inglaterra. El premio consiste en la cantidad de £ 2,000, sin tener en cuenta el honor, la gloria y la popularidad que alcanzará el gladiador que salga triunfante.»

Saboreemos pormenores. Cuatro meses duró la preparacion para la lucha de los dos jayanes. Tom Sayers, vencido por Heenan en una lucha anterior, era el consejero de aquel. Y como hubiese advertido que el *Boy* adolecia de cierta blandura en las manos, le aconsejó que durante algunas horas al dia diese golpes sobre un saco lleno de avena que se mantenía en el aire por medio de una cuerda. De esta manera logró dar á sus manos la dureza necesaria, y sus amigos, oido el voto competente de Sayers, estaban muy satisfechos del resultado. Entre otros ejercicios de pugilato andaban los dos atletas

veinte millas cada dia y en los próximos al combate pesaba Heenan muy cerca de 196 libras, siendo su estatura de 6 piés y 1½ pulgadas, y la circunferencia de su pecho 46 pulgadas. King pesaba catorce libras menos: es casi de la misma estatura que Heenan, pero su pecho tiene solo de circunferencia 42 pulgadas.

Entremos ahora en la lucha. Esta se verificó, no obstante la orden dada á la policia para evitarla, con la misma facilidad que han logrado los corsarios destruidos en aquel país para los Estados Confederados burlar á dicho cuerpo fundados en el "Acta de alistamiento para el extranjero." Los atletas salieron de Londres por un tren de ferrocarril acompañados como de 1,000 personas, pertenecientes á todas las clases de la sociedad. El viage fué delicioso, bajo un sol deslumbrador. Una vez llegados á su término se escogió el terreno apropiado y se formó el circo. Heenan fué el primero que apareció en la arena en medio de estrepitosos aplausos. Siguióle inmediatamente King que fué recibido con una salva semejante. La lucha constó de 25 rounds ó sean encuentros, y duró 31 minutos.

No existe en la Habana, por fortuna, aficion suficiente por el pugilato para que me detenga á referir una por una las peripecias de tan espantosa lucha. Dícese que jamas habian presenciado los aficionados un *match* de dos hombres tan hermosos como Heenan y King.

La lucha comenzó en favor del primero que en casi todos los encuentros lograba arrojar por tierra á su contendor. Los golpes furibundos sobre las sienes y los pómulos llovian que era un contento, y la boca y la nariz de uno y otro eran fuentes de vino y astilleros de marfil á cada martillazo. Uno de esos golpes convirtió á Heenan en Cíclope: sin embargo su valor y su fuerza no decaian y á cada arremetida lograba asir á King y lo hacia medir la tierra. Cuando se separaban, los segundos, Verónicas de la crueldad, limpiaban y unjian con agua fria el rostro de aquellos desgraciados, que á veces se arremetian con furia espantosa ó sonreian al principiar el ataque. Eso sucedia en la décima sétima arremetida y desde entonces fueron estas tan seguidas y tan rápidos los movimientos que se hacia imposible detallarlos aun á los mas experimentados observadores.

Al llegar al vijésimo quinto encuentro Heenan recibió un golpe en la boca y cayó casi sin sentido en el suelo. Este fué el golpe final porque aunque Heenan trató de arremeter de nuevo estaba tan impotente como un niño, y á los gritos de "vergüenza" "vergüenza" lanzados contra los que le permitian continuar la lucha en ese estado, se arrojó la esponja en medio del circo, que es la señal de derrota. La naturaleza humana triunfaba aun entre aquellos desalmados.

Inglaterra, con la victoria de King tambien vencía en el gran combate internacional. Su representante tuvo que sufrir las furiosas arremetidas de Heenan, pero la resistencia y la constancia, simbolo nacional, aseguraron la victoria. Los yankees que cada dia se hacen mas escrupulosos en las cuestiones de naturalizacion de extranjeros dicen, para consolarse de esta derrota, que Heenan, aunque nacido en los Estados Unidos, es hijo de irlandeses.

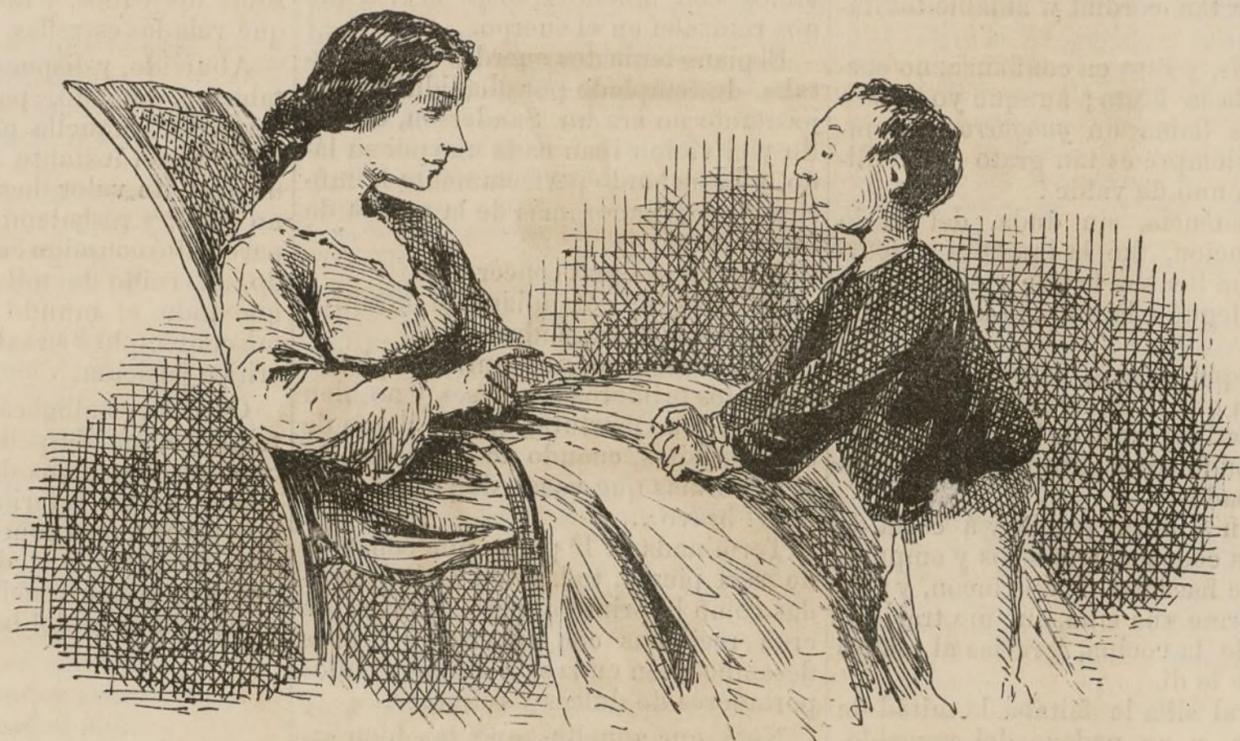
Allá se las avengan los que se disputan semejantes celebridades y hagamos aquí punto final.

Albérica.

—No haga V. caso, Mister Sur, de lo que le dice el vecino, porque creo que le está haciendo señas á su contrario de las cartas que V. tiene.



DESPUES DE LAS VACACIONES.



—Pero, hijo, si no vas al colegio y no estudias no podrás elegir ninguna carrera.
—Es que para la carrera que yo he elegido no se necesita estudiar.
—Pues qué quieres ser?
—Criado de mano, mamá.



—Vaya, niño, dinos dónde has escondido la ropa.
—No quiero....! Si te lo digo ahora me llevas al colegio. Yo te lo diré la semana que viene, mamá.

UN CONCIERTO DE AFICIONADOS.

Me convidaron, y fui.
 ¿Y cómo no ir, cuando el mismo D. Plácido estuvo en mi casa á invitarme? —Hubiera sido, en mi concepto, proceder con poca atencion, el no corresponder á una tan cordial y amable invitacion.

Además, y esto en confianza, no costaba nada la fiesta; aunque yo no sea lo que se llama un *guagüero*; sin embargo, ¡siempre es tan grato que lo diviertan á uno de valde!

Consecuencia, sin duda, del precio de la funcion, fué la inmensa concurrencia que llenaba la sala y corredores, cuando llegué á la morada de don Plácido.

Y aunque su cara esposa, con aquella finura que le es característica, (estilo de gacetilla), trató de buscarme asiento, no pudo conseguirlo, por estar todos ocupados.

Por fin á duras penas, y á costa de inmensos codazos, tropiezos y empujones, pude hacerme de un rincon, y proporcionarme una silla, que me trajo un criado de la cocina, gracias al realito bobo que le dí.

A la tal silla le faltaba la mitad de una pata, y un pedazo del respaldo, item mas, la añadidura de ser de duro palo.

Arriméla á la pared para remediar el primer inconveniente, puse un pañuelo y sentéme. Hecho esto dí un fuerte suspiro, no sé si de satisfaccion al verme sentado, ó si á causa de saborear de antemano tantos goces como esperaba.

Después crucé las piernas, puse el oido atento y dirijí la vista al lugar que hacia veces de escenario donde un jóven, sentado delante de un piano, preludiaba algo de lo que habia de tocar, y se preparaba á recojer buena cosecha de aplausos.

Próximos y sentados en cómodos sillones habia un jóven á la izquierda, y un anciano á la derecha, el primero empuñando un violin, y el segundo un violon.

Ahora seria conveniente describir la posicion de los muebles, la distribucion de las luces, y, en una palabra, poner al lector al corriente de cosas que importan poco á la narracion, segun es la costumbre; pero no paso por esa. Vamos al grano.

Todo estaba listo para comenzar el concierto.

Poco rato hacia que habian llegado: don Timoteo, que no parece sino que *huele* las diversiones que no cuestan; don Facundo, que se hace presentar á una familia, apenas sabe que esta piensa dar baile, concierto, reunion ilustrada con dulces, helados, etcétera con sus nueve vástagos, todos *graciosísimos* y *aseados*; don Facundo, que se acordó aquella noche que habia sido condiscípulo del amo de la casa; Homoplato, el novio de Tomasita, hija de don Plácido.....etc. Dieron las ocho, poco después sonó el cañonazo, seguidamente

las campanas del próximo templo, y cerrando la marcha una mano de música.

El pianista, el violin y el violon empezaron la zambra, tocando la «Obertura de la Norma.»

A las primeras notas nos miramos algunos de los concurrentes, y contuvimos con mucho trabajo la risa que nos retozaba en el cuerpo.

El piano tenia dos cuerdas rotas y estaba destemplado por añadidura, el ejecutante no era un Sanderson, el violin y el violon iban cada uno por su lado, y remedando perfectamente la música de los panoramas de la puerta de Monserrate.

Aquello era una cencerrada.

Ni ellos se entendian, ni nosotros éramos mas afortunados.

Y sin embargo, un nutrido aplauso acojió los primeros compases, y no bien concluyó la Obertura, que yo llamo de despropósitos, cuando no se oyeron en el salon mas que voces de ¡bien! muy bien! bravo.....!

Terminada la 1ª parte, que constaba de seis piezas, todas tan mal ejecutadas como la primera, pero que siempre eran recibidas con aplausos y bravos desembocaron en la sala sendos criados portadores de dulces y refrescos.

Noté que aquellos que tan bien sabian aplaudir, aun mejor sabian comer y beber; algunos de ellos apenas podian contestar á las preguntas que les hacian, por tener la boca atestada de mazapanes y pastelitos.....

—Silencio, señores, que va á cantar Tomasita, gritó su padre D. Plácido.

Empezó la segunda parte.

El «gran Dio» hacia el gasto.

¿Oyeron ustedes, alguna vez las panderetas alemanas, de feliz recordacion?—Pues no necesitan oír á Tomasita. Tenia la voz desafinada, dirijiéndose al polo norte mientras que el piano, que la acompañaba, tomaba el camino del polo sud.

D. Plácido, que se precia de inteligente en música, no pudo contenerse á la mitad de la pieza y gritó á su hija:

—Tomasita, repara que no has dado el *si* sostenido.

—Es cierto, exclamó Homoplato, que dé el *si*.

—Ya lo he dado, contestó la muchacha, echando una mirada á Homoplato.

—Pues, repítelo, hija.

—Concluyó Tomasita. La casa tembló en sus cimientos á causa de los aplausos y gritos.

Para no cansar, diré que seguidamente fueron saliendo varias señoritas y caballeros; y segun reparé casi todos los espectadores eran actores alternativamente.

Mucho después de las once, y cansadas las muchachas del concierto, empezaron á pedir que se tocara una dancita.

Se procedió, pues, á arreglar los muebles.

El del violin se habia quedado dormido, y costó trabajo despertarlo, lo que al fin hizo preguntando si habia

concluido la «Obertura de la Norma.»

El pianista, que habia *trabajado* toda la noche, volvió á sentarse y tocó «El cochino.»

D. Plácido, echó el resto y apesar de sus 58 navidades, *cochinatéo* un rato; mas por desgracia, y cuando mas entusiasmado estaba, le plantaron un pié sobre los callos, y dió gritos, diciendo que veia las estrellas, la luna, el sol etc.

Aburrido, y dispuesto á retirarme estaba yo, cuando, para que todo fuese catástrofes aquella noche, mi silla que hasta aquel instante me habia sostenido con un valor heróico, dijo de aquí no paso; y resbalando á lo largo de la pared, dió conmigo en el suelo; haciendo un ruido de mil demonios, por lo que todo el mundo volvió la vista, y me contempló á su sabor en aquella tan crítica posicion.

Corrido, y balbuceando palabras ininteligibles, me despedí de don Plácido, que aun se quejaba de los callos; y haciendo en mi interior el juramento de no volver á mas conciertos de aficionados, me marché á descansar, dejando aun á la concurrencia entregada á los gratos placeres del baile.

Julio Lomdico.

CANTOS POPULARES.

Oculto entre los naranjos
 Que riega el Guadalquivir,
 Hay una blanca casita
 Donde el corazon perdí.

A misa voy siempre al Cármen
 Y al tomar agua bendita,
 Por tí, á la Virgen le pido
 Aplaque del mar las iras.

Se me oprime el corazon
 Que antes se ajitaba alegre,
 Que ayer te vieron mis ojos
 Y hoy te pierden para siempre.

Málaga me vió nacer,
 Y jugar me vió de niño,
 Me vió darte el corazon
 Y al tuyo echarme en olvido.

Tu cabello es de la tórtola
 El plumaje ceniciento,
 Y cuando yo lo besaba
 Era el plumaje del cuervo.

El amor de la mujer
 Se parece á la veleta,
 Que á todo viento hace cara
 Y es del último que llega.

Pescando paso la noche
 Y cuando miro á la playa,
 Una luz que en ella brilla
 Me dice que tú me aguardas.

Bate al canto de su amor
 El pajarillo las alas,
 Y mi corazon palpita
 Al escuchar tus palabras.

A verme la golondrina
Volvió por tercera vez,
Y al que se marchó con ellas
Aun no lo he visto volver.

Niño, tu nombre aprendí
Y el pecho lo quise tanto,
Que aun ahora lo repite
Que tengo el cabello blanco.

Hubo un día en que te amé,
Hoy te miro indiferente,
Porque tu torpe falsía
Ni aun el desprecio merece.

La sal de la Andalucía
Tan solo se encuentra en Cádiz,
El que sus hijos no vió,
Que de mujeres no hable.

A mi corazón, el tuyo
Engañó de dos maneras,
Amor fingiendo una vez
Y otra fingiendo vergüenza.

Mi llanto borró la fecha
Del día en que, por desgracia,
Besó mi boca á tu boca
Se unió tu alma á mi alma.

En la mar la gaviota
Vuela, tornando á su nido,
Yo salgo á la mar, y acaso
Dejo para siempre el mio.

No olvido donde nació,
Que olvidaría á mi madre,
Mas vuela mi pensamiento
Hacia las rocas de Cádiz.

Pero el fuego de tus ojos
Puede ocultar tu mantilla,
Que de su malla al través
Como dos luceros brillan.

Al recoger un pañuelo
Se encontraron nuestras manos,
Te quise hablar y no pude,
Que tropee con tus labios.

La flor que yo te pedí
Y que me negó tu pecho,
Pronto se verá marchita
Que en valde no pasa el tiempo.

Por ti me riñó mi madre
Viéndome á solas llorar,
Dice—que me has olvidado—
Y mis ojos lloran mas.

Tu retrato, del papel
He borrado con mis lágrimas,
Si quieres que te lo mande,
Tendré que mandarte el alma.

Es, niña, tu linda boca
La roja flor del granado,
Deja, que abeja de amor,
Busque la miel en tus labios.

A la rosa tengo envidia
Que llevas prendida al pecho,
Porque su aroma confunde
Con tu purísimo aliento.

Mi nombre escribir te ví
En la arena de la playa,
Y antes lo olvidó tu pecho,
Que las olas lo borrarán.

Mario.

SIN NARICES.

CUANDO cayó al suelo la nariz, el ruso dijo:

«Estoy satisfecho porque estoy vengado.»

Y limpió el cuchillo en las barbas de un joven como de veinte años, que las tenía bien crecidas; el cual estaba contando cuentecitos de un periódico de Moscow é hizo una cortesía al recién desnarigado.

Este salió del cuarto sin que lo persiguiese ninguno de los esclavos que lo tenían sujeto mientras el amo hizo la amputación.

Si se quiere saber el por qué, sería muy largo de contar: basta decir que hubo infidelidad de esposa, sorpresa infraganti, venganza del marido y desnarigamiento del amante. Por lo demás la escena pasó en Rusia donde manda el palo.

Alonzo y el francés bajaron sin decir palabra y llamando á un coche, se hicieron llevar á casa.

—Qué haré sin nariz? Preguntó Alonzo al francés, su amigo y compañero de aventuras.

—Yo no tengo sino una nariz, contestó el francés y no me gustaria deshacerme de ella; pero si le sirve á V.... oh!, qué diera yo por tener dos!

Y se echó á llorar la desgracia de Alonzo. Pero de repente secándose los ojos dió un salto como impulsado por una idea.

—Eureka! Esclamó: tengo un amigo médico que sabe poner narices, con tal que se le dé carne humana, pero de pulpa.

—De pulpa, exclamó Alonzo, yo no me la pondré jamás, que eso sería hacer un *apriori* de un *aposteriori*. Además de que, ¿quién sería tan necio que se fuese á dejar tasajear por mí? Yo no lo haría por alma nacida.

—Pobre diablo! Dijo el francés mirándolo con lástima. ¿V. no sabe que con *argent* se hace todo, hasta lo bueno?

—Ah! Comprendo. ¿Con qué usted se compromete á comprarme una onza de carne humana fresca y á hacerla cortar en un cucurucho que remede la nariz que hé perdido?

—Como suena. Pero si yo fuese V., me mandaría á hacer una nariz mas bonita que la que solia llevar. Una nariz romana por ejemplo. Oh! La nariz romana es gran invención. Los Césares la llevaban romana, lo mismo Marco Antonio, y diga V. si hubo en el mundo hombre mas templado que el amante de Cleopatra?

Alonzo, era muy rico, pero no tenía nariz; podía pasar con algunos pesos menos, pero no sin nariz.

—Amigo! Dijo el francés, tomándole ambas manos, sea V. bueno conmigo, búsqieme una nariz como la que me hace falta y seré generoso.

El francés tiró de la campanilla.

Entra el criado.

—Déjame pensar, dijo el francés.

—Sí, señor.

—Déjame pensar un poco.

—Piense V. todo el día, si puede.

—Cómo si puede?

—Pues no es V. francés?

—Sí que lo soy, y qué?

—Que yo creía que los franceses no pensaban.

—Animal! Trae champaña.

Y el francés se metió en vino para encontrar una nariz que no fuese la que tenía dentro de la copa.

Un año despues tenía Alonzo en la parte mas prominente de su cara media libra de carne (de pulpa, apesar de sus escrúpulos) y habia dado por ella dos mil duros en oro.

La ciencia enseña que el ingerto sigue la suerte del árbol de donde procede, sino la de la que se pega.

Un día amaneció Alonzo con la nariz hecha un tomate. Rasca y rasca y la nariz mas colorada. Al vestirlo el criado le aconsejó que la metiese en agua fria por un cuarto de hora. El agua chirreó é hizo burbujas como si se hubiese metido en ella un hierro candente. En la tertulia la nariz de Alonzo fué asunto de conversacion. El no hacia mas que tapársela y se la ponía peor.

Al entrar en el cuarto de fumar un chusco le pidió la candela.

—Si no fumo.

—Pero como tiene V. *encendida* la nariz?

Otro no le habló sino del Vesubio y de sus llamas.

Alonzo estaba metido en un infierno, por no decir que estaba metido en sus narices.

Salió para su casa hecho un toro y bufando y echando humo por aquella nariz.

A la mañana siguiente mandó por su médico, es decir, por el médico de su nariz.

—*Parbleu*, dijo el doctor de narices, eso lo que significa es, que el amo de esa carne andará de tabernas y le trasmite á V. la inflamación.

—Pues buscar á ese diablo.

—Se pusieron avisos:

«Si el industrial que suministró carne suficiente á un caballero rico para hacer una nariz, quiere ganar mas dinero, ocurra á esta redacción donde se le darán informes.»

El hombre vino al momento con la idea de que se necesitaba hacer otro *apriori*.

—Pero, demonio, que se anda usted haciendo?

—Yo, señor, gozando de mis cuatro reales. Como nunca me habia visto con tanto dinero, á tan poca costa, me he dado unos jaleos de brandy bueno!

—Calle V., demonio, no beba V. Usted no debe beber.

—No debo beber? y porqué?

—Porque cuanto bebe V. lo pago yo.

—V. se equivoca, que lo pagué yo.

—Si no es eso, sino que cuando V. bebe, se me hinchan á mi las narices.

—Pues que no se le hinchen. ¿De dónde saca V. que porque yo beba tiene V. derecho á incomodarse?

—Si no me incomodo, sino que me incomoda V.

—Hombre, si hace un siglo que no le veo á V. y la última vez que lo ví fué para hacerle el favor de darle esas narices.

—Entendámonos, con mil demonios. Es preciso que V. sepa que cuando V. bebe, á mi me hace daño.

—Pero cómo?

—Cómo? Cómo? Como V. lo oye. Esta nariz que yo tengo, no es mia, sino de V.

—Pero si V. me la pagó.

—Eso no quiere decir que no sea carne de V.

V. se equivoca. A mi no me falta carne ninguna; el lugar de donde me sacaron esa, ya ha vuelto á medrar.

—Oiga V. y trate de entenderme; yo le digo á V. que aun cuando le pagué lo que V. quiso por este pedazo de carne que es hoy nariz mia, este pedazo de carne siente lo que V. siente, sufre lo que V. sufre y en una palabra sigue la suerte de V.

—Ah! ya comprendo: quiere decir que

lo que yo bebo por la boca le sale á V. por la nariz?

—Caballito! conque así, déjese V. de beber y.....

—Cuánto me pagará V?

—Una pension vitalicia.

—Pero que cosa, señor, tan rara!

—Cuál?

—Que lo tengo á V. agarrado por la nariz!

—No hablemos mas de eso y convengamos en que V. mudará de vida.

Efectivamente, Alonzo no volvió á padecer mal de narices y pasaba su tiempo tan contento que ni se acordaba ya de que el *apriori* no era suyo. Cansado de la barahunda de soltero, escarmentado de los chascos sufridos en Rusia y en otras partes y sintiéndose ya algo viejo, decide casarse y busca novia. Va con ella hecho un tonto y ella otra que se le parece, cuando en la Opera siente que se le enfria repentinamente la nariz.

—Maldito borracho! dice para sus adentros, ya estará bebiendo otra vez y ahora volvemos á las andadas.

La novia conoció que algo le pasaba y le dió con una pregunta en las narices, diciéndole:

—Qué te sucede en la cara Alonzo, que palideces *por partes*?

—Eso no es nada, contestó Alonzo; un poco de frio.

Pero al dia siguiente empezó á hundirse la nariz y para la tarde ya se le habia desaparecido la parte mas saliente del rostro.

—Corre, le ordena al criado, y dile á esa señorita que tú conoces, que yo no puedo ser jamás su esposo, que me olvide, que me aborrezca, que me desprecie..... que no tengo narices!

Grande alboroto causó la noticia; unos dijeron que escusa; otros no creyeron ni palabra y la novia se quedó con un palmo de narices, como suelen decir todos y pueden decir todos, menos Alonzo.

El padre de la muchacha fué á verlo.

—Hombre! y que se le han hecho á V. las narices?

—Ay! lo supiera! yo que daria la mitad de mi fortuna.

—Efectivamente, eso es raro.

—A mi solo me suceden estas cosas.

—Quién lo creyera! dijo el padre.

—Todo el que sepa, contestó el francés entrando, que el hombre del *aposteriori* murió anoche.

—Anoche! exclamó Alonzo, ¿A la hora de teatro?

—Precisamente.

—Misterios de la ciencia!

—Y qué hacemos? dijo el padre que no podia olvidar el desaire que iba á sufrir su hija.

—Qué hacemos? contestó el francés. Déjeme V. pensar.

—Qué hacemos?

—Pues buscar otras.

En el N^o de la Quinta Avenida vive una señora, Alonso, que tiene dos lindas niñas con narices de voltereta.

Lector, á mi me dá en las narices que el negocio se arregló y que entró á jugar no otro ingerto, sino la goma elástica. Alonzo era muy rico y dicen que el amor no vé.

Pascual.

Nueva York Diciembre de 1863.

NOTA.—Este cuento es como Alonzo: la mitad *mío* y la otra mitad de un inglés que ojalá se muera antes que se me caigan á mi las narices.

CHISPAZOS.

La noche Buena andaba por la calle del Obispo la *mona* mas soberana, «que vieron los siglos pasados, los presentes, y esperan ver los venideros.»—Era natural de Constantinopla; lo que quiere decir, *turca* de pura raza.

El poseedor de tan valioso tesoro, no era otro que un calesero de volante de alquiler; y como quiera que apénas podia sostenerse sobre el caballo; decia él, que «todo era culpa del *suaero*»

Doña Francisca ha pasado el dia de ayer muy afanada buscando el dedal y el carretel de hilo, que habia perdido y sin poderlos encontrar.

Despues de las diez de la noche, cuando Juan, su hijo, volvió á casa á dormir y al quitarse los botines charolados, que aquella tarde habia lucido en el paseo, cayó algo de uno de ellos. Al reconocer los objetos caidos, se vió que no eran otra cosa que el carretel y el dedal.

Segun confesion del mismo Juan, este dice que nada sintió; á lo que yo pregunto: ¿cuántas leguas podrá andar este hombre que tan duros *ñames* tiene?

Verificáronse unos exámenes, y el examinando que, de seguro, no era el inventor de la pólvora, tomó el partido de contestar á todo con la muletilla «*como antiguamente, repito.....*» Cualquiera pregunta que le hicieran, era infalible que habia de contestar con *antiguamente repito.....*; por lo que cansado uno de los jueces de aquel majadero le dijo:

—Tiene V. razon, *antiguamente* hablaban los animales; item mas, se amaraban los perros con longanizas.

La última vez que estuvo entre nosotros la compañía de Opera, que trabaja en Matanzas, fuí al teatro, como puede hacerlo todo hijo de vecino, pagando, se entiende.

En uno de los palcos del primer piso, estaba la mujer mas linda que jamás vieron mis ojos. Todo en ella era gracia, distincion.....

No atendí á la funcion por mirarla, por contemplar aquel ángel, aquella deidad, é

«Iba en sus ojos á beber amores
Y en su risa y su hablar me embebecia.»

Salí del teatro loco, ciego; enamorado cuanto puede estarlo un hombre...

Pasó algun tiempo, y jamás me abandonó la imájen de aquella mujer.

Mientras tanto habia yo mudado de domicilio, y habitaba un bonito cuarto con balcon á la calle.

Una mañana estaba yo en mi balcon mirando distraido á la casa del frente, y pensando siempre en aquella mujer que me robara el corazon; de repente veo asomarse á la ventana...; Oh cielos! ...; Se figuran ustedes ya á quien ví...?

Lo creo imposible! la que ví asomarse era una negra vieja, que iba á arrojar en aquel momento una palangana de agua súcia. La vida es una cadena de amargos desengaños.

SONETO.

No estraño, no, que al ver la indiferencia
De su adorado bien, corriera loca
La cantora de Lesbos á la roca
Que eternizó su amor con su existencia:

Ni menos me sorprende la dolencia
Del cisne del Sorrento, cuando toca
El duro encierro que su amor sofoca
Y le condena á dilatada ausencia;

Porque yo, si pasara un solo dia
Sin escuchar de Aminta el dulce acento
Y en otros brazos por mi mal la viera,

Despechado, cual Safo, buscaria
Termino breve á tal padecimiento,
O, como el Tasso, de dolor muriera.

Danacon.

Habana Enero 6 de 1864.

UNA ERRATA DE BULTO.

TODA la vida han tenido los señores cajistas fama de glotones, y por cierto que no han dejado de merecerla. Cuando no se tragan un párrafo de rabo á cabo, se engullen un vocablo, y cuando el apetito es menor, se embaulan cuando menos un abecedario entero. Sin ir mas léjos, y concretándonos á esta última semana, que por cierto fué semana de glotones, se han zampado nuestros cajistas de los cuatro míseros renglones de un epigrama de *Esparravan*, una palabra acaso la mas esencial de todas; circunstancia que nos obliga á reproducir dicho epigrama, siquiera para que quede en buen lugar la merecida fama de voracidad con que se han envanecido ahora y siempre todos los cajistas habidos y..... nada mas. Hé aquí tal como debe leerse el

EPÍGRAMA

AL MALÍSIMO AUTOR DE UNA OBRA PÉSIMA.

Si tu libro no se vende
No es porque, estimado Eugenio,
No sea *digno* de tu ingenio,
Es que el lector no lo entiende.

GRAN CONCIERTO.

En la noche del lunes 11 tendrá efecto en el Liceo de la Habana, una funcion vocal é instrumental en la que tomarán parte, además de los esposos Natali y Testa, otros varios artistas ventajosamente conocidos entre nosotros. Auguramos, con tal motivo una magnífica entrada. Los billetes se hallan de venta en la *Dominica*, en el *Louvre*, en el *Hotel de Inglaterra* y por la noche en el mismo *Liceo*.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 22